

amor su corazón, la venera humildemente, é inspirado por un santo entusiasmo exclama: No ha obrado Dios un prodigio semejante en favor de alguna otra nación. *Non fecit taliter omni nationi.* ¿Quereis más mexicanos que me oís? ¡Ah! pero sería interminable si quisiera probar este acontecimiento divino tan extensamente como lo han hecho ilustres escritores, tanto antiguos como de nuestros días.

Sin embargo, es sobre manera sensible que algunos hijos de México en las tristes circunstancias que atravesamos en estos días de incredulidad é indiferencia, hayan pretendido ya negar abiertamente, ya suscitara dudas acerca de la tierna y maravillosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, Madre de los mexicanos: ¿como si la nación toda no estuviera segura de la verdad del hecho de que se trata! ¿Se avanzarán ellos á decir que toda la nación y tantas generaciones que se han sucedido en mas de tres siglos y medio han sido envueltas en una ilusión? ¿Pensarán que por sus argumentos negativos exagerados y tan victoriosamente contestados nos pueden persuadir á que creamos que el dichoso Juan Diego solo vió una ilusión y no se halló en la presencia y oyó hablar á un personaje real que bajara del cielo? ¡Ah! como si fuera tan fácil suponer en un hombre sencillo, sin ninguna instrucción, una imaginación tan naturalmente poética, capaz de combinaciones de tanta belleza y de tan sublimes y encantadoras ideas, como se dejan conocer en su narración. Esto no podia suceder sino por otro milagro. ¿Qué tambien podrá decirse que el Ilustrísimo y muy prudente Sr. Zumárraga, sus familiares y servidumbre doméstica fueron ilusos al ver el prodigio de las flores extraordinarias y de la sacrosanta Imágen celestialmente pintada en el ayate, ó que fueron víctimas de un error? ¿Quién fué el autor de este? ¿El sencillo, el pobre, el ignorante, el oscuro y desvalido Juan Diego? ¿Quién le ministró esas flores prodigiosas, esa pintura sagrada de tanta belleza y hermosura, de tan peregrina ejecución? ¡Ah! señores, si la pintura no es celestial, esto es, si no es obra de Dios; ¿por qué los autores de esas dudas, no han dicho y probado quién fué el autor de esa pintura admirable, ó en qué academia se ejecutó tan insigne maravilla del arte? ¿Por qué en mas de tres siglos y medio que han trascurrido ni el autor de esa pintura singular, ni su familia ó interesados

han reclamado nunca la gloria que tan justamente les pertenecería por tanta belleza y por tan buena fama en el universo todo? ¿Qué ese silencio tambien será otro milagro? ¡Ah! nada de esto podrá hacerse; porque la obra y la gloria de su divina ejecución son propias solo de Dios.

No lo dudeis: en la negación, en la vacilación respecto de la verdad de la Aparición de la Reina de los Cielos en el Tepeyacatl y de su Imágen preciosísima hay un ardid de Satanás que envidioso siempre de las glorias de la Purísima Virgen María, lo está mas ahora porque ve á la piedad de los mexicanos realzar con empeño y con santo ahinco su culto, porque ve el amor y la gratitud sincera y la tierna devoción de todo un pueblo que engrandece á María y le rinde humildes obsequios por el beneficio insigne de su Aparición. Los que niegan este prodigio ó dudan de él, son dignos de compasión: son incapaces de sostener sus asertos; ¿qué argumentos podrian presentar que no estén ya brillantemente deshechos por sapientísimos escritores? Oh! ellos debieran reflexionar que hieren cruelmente á toda la nación en lo mas sensible de su corazón, porque le quieren quitar la creencia de un favor divino, la creencia de una Madre singular y tierna, de una protectora especial, firme y constante, en quien funda todas sus esperanzas, tanto en el órden de la gracia, como en el de los bienes temporales. Sí, de esa divina Señora, Santa María de Guadalupe, esperamos todos los mexicanos la libertad y la reconsolidación de la Iglesia Mexicana, la mejora de nuestra condición moral y social, la conservación de la autonomía de nuestra cara Patria, y otros mil y mil favores.

Firmes en nuestra piadosa creencia apoyada en fundamentos incontrastables, debemos confesar con gratitud que este es el primero y el mas sublime de los beneficios que hemos recibido de nuestra tierna y amorosa Madre; debemos confesar con nuestros antepasados que á las inspiraciones de Santa María de Guadalupe y á tantos prodigios obrados por esta divina Señora, debió México su portentosa conversion al Cristianismo. Sí, esta Madre de Misericordia, nos trajo la paz del Cielo, trasformó el carácter de los mexicanos, haciéndolos dóciles, humildes y piadosos. Estos beneficios están íntimamente enlazados por las divinas promesas, con el hecho de la gloriosa Aparición de la

Virgen del Tepeyacatl; cuyo hecho es tan cierto en la Historia como son el descubrimiento y la conquista de la América. Añadiéndose á la certidumbre histórica, la artística y científica por el juicio de los sabios físicos y pintores que examinaron la sagrada Imágen de la Santísima Virgen de Guadalupe y la declararon sobrenatural, y la que resulta del culto constante autorizado no sólo por los Pastores de la Nación Mexicana y de otras varias, sino tambien por los Sumos Pontífices.

México debe gloriarse y sentir un santo orgullo, porque siempre tiene á la vista la celestial Imágen de Guadalupe en actitud suplicante, pidiendo con poderosos ruegos para esta feliz nación las gracias que necesita. ¿Qué no recordais, señores, que si se desarrolla la peste entre nosotros, si nos amenaza la tempestad y la inundación, si se extremece espantosamente la tierra queriéndonos sepultar en sus entrañas, luego que invocamos con fé y con esperanza á Santa María de Guadalupe, desaparecen todos esos males? porque Ella está pidiendo constantemente por nosotros como nos lo prometió. Reflexiona además, México, querida patria mia, que tú por la riqueza de tu suelo, por la benignidad y lo variado de tu clima, por tu cielo tan hermoso y por otros mil y mil motivos eres la perla preciosa que ambicionan otros pueblos mas poderosos que tú, y que si no se han apoderado de tí en tantas veces que han ensayado con peligro tuyo tantas combinaciones, es porque en Santa María de Guadalupe tienes un centinela que vela por tu custodia, un baluarte inexpugnable, la torre de David cubierta de mil escudos de tu segura defensa. ¡Ah! pero temes hoy ¿no es verdad? que un pueblo de bronce que viene del Aquilón esté maquinando constantemente en su babilónico gabinete tu completa absorción, para borrar del catálogo de los pueblos libres y realizar sus siniestras miras de ambición, como lo hicieron los antiguos Asirios con el pueblo querido de Dios? No temas: mira que Santa María de Guadalupe tiene por escabel de sus piés al ángel que en una sola noche exterminó á mas de 185000 valientes de aquel ejército formidable. ¿Temes acaso que tu raza sea extinguida? Mira á esa divina Esther, que con los ojos bajos y un semblante humilde, pide constantemente al Divino Asuero que te liberte del exterminio y de la muerte.

¿Temes ser envuelta otra vez en la negra noche del error? Mira con cuidado la blancura de esa nube, señal cierta de la pureza de tu fé y de la luz que te guía en tu peregrinación.

Sí, señores: tengamos confianza en las divinas promesas de la Virgen de Guadalupe, pues que ha cumplido con ellas favoreciéndonos por mas de tres siglos, así en el órden público como en el privado; razon por que vemos á los pueblos indigenas agolparse en este dia en el hermoso templo del Tepeyacatl á darle las gracias por los beneficios recibidos y á pedirle con confianza de hijos el remedio en sus necesidades, porque están seguros, como lo estamos todos los mexicanos, de que nuestra Purísima Madre de Guadalupe siempre está pronta á enjugar nuestras lágrimas y á hacernos beneficios indecibles en cumplimiento de su ternura, amor y proteccíon, como consecuencia de su gloriosa Aparición en el Tepeyacatl.

Pero no os olvideis, señores, que los pueblos ingratos á los beneficios de Dios y de la Santísima Virgen María han recibido azotes terribles de la Justicia divina, privándolos de las gracias y de los dones con que en otro tiempo los habia enriquecido la Divina Providencia. Mirad si no, á esos pueblos del Oriente, donde meció su cuna el Cristianismo, que luego que desconocieron al verdadero Dios y á la Santísima Virgen, y vieron con indiferencia la religión de sus padres, el Señor los abandonó á su réprobo sentido, y los sujetó al duro yugo de otras naciones que á título de civilización, casi los han extinguido, cumpliéndose en ellos lo que habia dicho el Profeta. Si nó decidme ¿dónde está el antiguo poder del Egipto, sus glorias y su grandeza? Todo acabó, pues apenas se conserva incierta memoria de algunas de sus soberbias ciudades. De Ménfis, la antigua corte de los Faraones, nos dice un viajero, «no ha quedado ni un rastro: allí donde se extendia, la lluvia del cielo sin salida ha formado laguna infecta, mientras que en torno de ella y ocupando los antiguos recintos, crecen las palmas silvestres.» No olvideis que la suerte que ha corrido esa nación poderosa de la antigüedad pueden correr los demás pueblos que corrompen sus costumbres, niegan al Dios verdadero y á su Santísima Madre.

¡Cuánto me temo que la nación mexicana, por el desqui-

ciamiento en que se hallan sus costumbres, por la inmoralidad tan espantosa y por el escándalo tan público, provoque la ira divina y sea castigada de una manera terrible, principalmente si niega ú olvida á su Purísima Madre, la Virgen de Guadalupe, olvidando tambien los inmensos beneficios de todo órden que á cada instante recibe de esa divina Señora! ¡Ah! no, mil veces no tan negra ingratitud, primero la muerte que negar á nuestra dulcísima y amorosa Madre la Virgen del Tepeyacatl. ¡Dios Santo! aleja de mí estas ideas, porque al pensar que nosotros los mexicanos séamos ingratos á tus beneficios y á los de la Virgen Purísima que nos has dado por Madre especial, la carne se extremece y las lágrimas brotan á los ojos. No, Señor, jamás permitas que tu pueblo querido cometa esa ingratitud á que lo están incitando esos génius satánicos; porque si tuviera tal desgracia de negar á la Virgen de Guadalupe, con él desaparecerían las glorias de este grandioso día.

¡Virgen y Madre nuestra! mira á tu pueblo postrado á tus purísimas plantas, reconociendo en Tí el gran portento, la señal que se le presenta hoy en los cielos, que es una Mujer vestida del Sol, con la Luna á sus piés y coronada de doce estrellas. Tú, ¡oh bellísima criatura! eres esa Mujer prodigiosa, encanto de nuestra alma y la prenda mas segura de nuestro amor: no te olvides que los mexicanos tenemos en este día derecho á que nos concedas las gracias que te pedimos; oye pues, benigna, las fervientes oraciones de nuestro Illmo. Prelado y las de todos los Sacerdotes: oye tambien los sollozos y suspiros de tu pueblo que viene de todas partes á adorarte, y que clama desde lo mas alto de sus montes bendiciendo al verdadero Dios por tan estupendo prodigio que recuerda hoy con filial gratitud. Enjuga nuestras lágrimas, aliéntanos en nuestras tribulaciones, y por último, como Madre nuestra, bendícenos en la vida para que siéndote fieles y agradecidos, vayamos á extasiarnos con la vista de Dios y la tuya, en la celestial Jerusalem.—
ASI SEA.

005